

Resulta alarmante cómo lo políticamente correcto, la estulticia masiva, el “no vayan a creer que yo”, y la demagogia barata se adueñan poco a poco, -o no tan poco a poco, según se mire- de nuestro país, y claro, eso se traduce en tener que cogérsela con papel de fumar y echar mano del diccionario antes de abrir la boca, mirando a izquierda y derecha, porque no sabes cuántas sensibilidades puedes estar hiriendo con una sola frase. Y es que en esta España rastrera que hemos ido creando entre todos, un país insolidario y analfabeto, donde de toda la vida hemos sido dados a acuchillar al vecino a la mínima ocasión con cualquier excusa según la época, hay que andar con pies de plomo. Esto viene a colación por una noticia que vi, hace unos meses, en el telediario a la hora de comer. Tres miembros de E.T.A. habían asesinado por la cara a dos guardias civiles, que se encontraban en Francia, cerca de la frontera, desayunando en una cafetería de por allí. El caso es que los terroristas, siempre tan perspicaces ellos, los reconocieron como guardias civiles y cuando éstos salieron de la cafetería, a punta de pistola los metieron en un coche, y, sin dejarles decir ni pío, ¡pum-pum!, les refrigeraron el cráneo.

Hasta aquí desgraciadamente todo como suele ser lo habitual, otra vez esos “mamones”, que se dicen de izquierdas usando unos métodos propios del nazismo, se han cargado a dos picoletos. Acto seguido, aparición televisiva del presidente Zapatero comentando la noticia, dando el más sentido pésame a los familiares, La Guardia Civil condecorando a los dos agentes caídos y acto de Estado, con la Familia Real y periodistas a porrillo, incluidos los de “Dónde estás corazón”, “La Noria”... Pero el meollo, el asunto, el quid de la cuestión, viene ahora.

Cuando apareció su “careto” en la pantalla del televisor, me inspiró respeto. Un porte envidiable, expresión firme, cabeza alta. La gomina de su pelo, formando una cresta desenfadada, juvenil, resplandecía cuando la luz del Sol incidía sobre ella. Allí estaba el chaval, rodeado de cámaras y micrófonos, vestido para la ocasión con un elegante traje negro, camisa gris con una corbata negra y gafas de sol, que ocultaban, supongo, unos ojos llorosos por la pérdida de su padre.

Cuando el recién huérfano empezó hablar, les juro por mis muertos que pensé que ojalá alguien hablara así de mí cuando Caronte me pasee en su barca. ¡Qué seriedad, qué entereza!. Pura hidalguía, oigan. No se pueden imaginar ustedes la alegría que experimenté. ¿Quién dijo que la juventud no respeta a sus mayores? Hay justos en Sodoma, al fin y al cabo. Pero una vez más, este país no me dejó enorgullecerme de él, o de su gente, que al fin y al cabo es lo mismo. Y no me dejó, porque, después del soliloquio que se marcó, (que le quedó que ni pintado), después de mencionar que el difunto era un hombre de pro, buen padre, buen marido, de los que se visten por lo pies, añadió: “Y estoy tranquilo porque mi padre murió haciendo lo que más le gustaba, que era viajar”. Como se lo cuento. Así lo dijo. “Viajar”. El colmo de lo correcto y lo sensato, el non plus ultra, aséptico, limpio, respetuoso. Sin herir sensibilidades. Que no se diga. “No me vayan a tachar luego de fascista en clase, -debió de pensar-, por aquello de decir que murió estando de servicio”. De servicio a su país. Un país que, pese a estar dirigido y representado por gente inepta, demagoga y, salvo honrosas y escasas excepciones, sin vergüenza tanto en un lado como en otro; ya saben, mismos perros con distinto collar, donde la única pretensión es medrar, justificando los medios el fin y donde nosotros, la multitud, la masa, el rebaño, nos hacemos los ciegos, sordos y mudos (lo peor es que hay quien no se lo hace, sino que lo es), tragamos y tragamos delante de la televisión lo que nos echen, dejando de lado el pensar, porque a veces cuesta trabajo, y

dejándonos hacer, como marionetas, lo que quieran hacernos, que cualquier excusa es buena para llevarnos al huerto, no se vayan a creer. Un país que hace tiempo que se fue a “tomar por saco”, donde nadie da un duro por nadie. Un país en proceso de ser colonia cultural americana (no vean la cultura de los del otro lado del charco), donde se celebra “Jalogüin”, que consiste en que los enanos, los que pagarán mi pensión, ¡hay que joderse!, salen a la calle disfrazados de Harry Potter con metralleta y, puerta por puerta, mendigan chucherías y bombones bajo la estúpida consigna de “truco o trato”, y si no se les da, pues “putean” al fulano de turno y en paz. Un país donde hasta la época de apareamiento del reno moteado canadiense es motivo de peso para lanzarse a la calle con botellas y después, hasta las cejas de toda clase de cosas, hacen el gilipollas post botelleo con el coche tuneado el Chummy y la Jessi, con el ruido de una batidora a todo gas dando caña por el subwoofer del coche, coche que sus papás aún están terminando de pagar porque se tragaron lo de los J.A.S.P. y porque pensaron que su retoño no iba a ser menos. Lo de siempre. Que no se diga. El país, en definitiva, por el que el difunto padre del chaval (no alcanzo a entender por qué, ¡pardiez!) sentía el suficiente respeto, admiración o amor. O del que estaba hasta las narices y quiso poner su granito de arena, hacer que el cotarro funcionara mejor y pillar a los malos.

Porque un Guardia Civil, de los de verdad, con vergüenza torera, profesional, sabe perfectamente que se juega el tipo. Nadie se mete en esto sin saber de qué va, y a nadie lo obligan. Tiene muy claro que cualquier día le puede tocar la china, que lo pueden “escabechar” y dejar listo de papeles en un santiamén. Porque cualquier agente que se precie ve la muerte como algo que va en el sueldo, y a la hora de la verdad, aun sintiendo miedo como todo hijo de vecino, la encara lo más compuesto posible.

Así que, dudo mucho de que lo que más le gustara de su oficio fuera viajar.